

espaciales en campos progresivamente ampliados, la disciplina geográfica ha tenido que cambiar varias veces de óptica. Los trabajos sobre historia de la geografía insisten a menudo y con razón sobre estas rupturas; pero tendrían que hablar más de las permanencias» (p. 189).

El último capítulo de la obra está consagrado a Roger Brunet: «La era de los organizadores», el título hace justicia a la enorme iniciativa y capacidad de organización mostrada por Brunet, que ha revolucionado la geografía francesa de los últimos treinta años y, de rechazo, a algunas otras como la española, que seguían a aquella con atención, en absoluto ya con mimetismo, debido a la penetración de las ideas y de los modos anglosajones. En su autobiografía, Roger Brunet muestra su satisfacción, tanto por su primer trabajo sobre geomorfología fluvial (1952) y por su reputado trabajo sobre los fenómenos de discontinuidad en geografía, que dice haber escrito en un verano como tesis complementaria cuando estaba cerrando su tesis principal sobre las campañas de Toulouse (1965), como por su más reciente empresa de situar en un portal de Internet con diez mil páginas actualizadas los Tesoros de las regiones de Francia¹¹, que considera un manera de proseguir su trabajo geográfico y ciudadano poniendo a disposición del gran público información geográfica básica y fiable. Entre medias quedan la aventura y el trabajo en equipo de *L'Espace Géographique*, el reto editorial de publicar la colección Descubrir Francia en fascículos semanales para el gran público, el diccionario *Les Mots de la Géographie* (1992), «escrito con un gran placer», y todas las demás empresas a las que ya me he referido. Si se me permite, yo me quedo con el artículo presentación de la coremática de 1980¹², un texto de impacto, dice el autor, como la obra que inmediatamente le siguió, «Géographie du goulag» (1981).

Para ilustrar su personalidad como autor, Brunet prefirió también pequeños textos que le permitan mostrar sus muchas facetas y su condición siempre renovada de «militante de la geografía». Arremete contra la blandura de una geografía posmoderna, que considera más discursiva que investigadora, algo que no pasa de ser una moda interesada, un «posmodernismo» y un «culturalismo» de «saison et non de raison» (de estación y no de razón). En la conclusión sobre el desciframiento del mundo, incluida en la geografía universal, se hace eco de las diferencias y de los conflictos de la geografía, convencido de que es signo de salud, de estar en la actualidad: «Tiempos

apasionantes se abren para la geografía con nuevas utilidades y nuevos descubrimientos y verdaderos debates. Lejos de ser algo viejo, sin relieve y sin ideas, polvorienta, átona y aburrida, la geografía recupera su lugar en el mundo de las ideas y del movimiento del mundo» (pp. 194-195). La geografía puede y debe pronunciarse sobre las grandes cuestiones que preocupan a la sociedad: la mundialización, la relación de las sociedades con el medio ambiente, los espacios de innovación, incluidos los de los recursos inexplorados, las disparidades, las segregaciones, las migraciones, los aspectos contradictorios de la territorialización de la vida social, la geografía de los antimundos que amplían los de la ilegalidad, lo local, es decir, la gestión de los territorios y del espacio social a la escala local, donde los geógrafos han tenido experiencias y elaborado formas nuevas que permiten expresarse a los propios ciudadanos y que no quede restringido a expertos y políticos.

Al término de los capítulos dedicados a los seis geógrafos dichos, para que con su retrato coral se esclarezca y documente toda una época de transformaciones de la geografía, resume Bataillon en estos términos los hitos de una época: «La historia que hemos contado comienza en los años cincuenta y prosigue hasta ahora, pero no ofrece dudas de que se anudó en torno a dos acontecimientos mayores: 1968, que supuso el fin de la organización tradicional de la universidad, y 1981, en que se intentó reestructurarla» (p. 209).

Queda la esperanzadora idea final del autor. Los soportes institucionales puestos en marcha por la red de relaciones que crearon estos geógrafos siguen en su mayor parte activos, aunque a disposición ahora de actores más jóvenes que han mantenido la preferencia por una visión sistémica de las realidades del espacio terrestre humanizado. Al fin y al cabo, la geografía sigue, gozosa.— Jose-fina GÓMEZ MENDOZA

*El gran siglo de la geografía francesa**

La geografía francesa ha recuperado una magnífica capacidad de historiarse, de reconstruir su historia durante el siglo xx, resolviendo con acierto en el relato las rupturas de los años sesenta y setenta y adoptando los

* Marie Claire Robic (coord.), Didier Mendibil, Cyril Gosme, Olivier Orain y Jean-Louis Tissier: *Couvrir le monde. Un grand siècle de géographie française*. París: Ministère des Affaires Etrangères, ADPF (Association pour la Diffusion de la Pensée Française), 2006, 230 pp.

¹¹ *France, le Trésor des régions* (2006-2009), <<http://tresordesregions.mgm.fr>>.

¹² Roger Brunet: «La composition des modèles dans l'analyse spatiale». *L'Espace géographique*, 4, 1980.

autores una cierta distancia con relación a unos acontecimientos de los que han sido, hasta cierto punto, partícipes. El equipo de investigación Epistemología e Historia de la Geografía (EHGo), dirigido por Marie-Claire Robic y al que pertenecen, con mayor o menor grado de integración, los autores de este libro, forma parte de la Unidad Mixta de Investigación (UMR 8504) Géographes-Cités integrado por miembros del CNRS y de las universidades de París I y de París VII y lleva ya más de veinte años trabajando sobre la construcción de las representaciones geográficas y también sobre las dimensiones de la geograficidad presentes en los discursos científicos y en las prácticas sociales. Tuve la ocasión de reseñar en *Ería* (56, 2001, pp. 309-313) el excelente libro dirigido también por Robic que reflexionaba críticamente sobre la actualidad del *Tableau de géographie de la France* de Paul Vidal de La Blache.

El que ahora es objeto de atención reconstruye la historia del gran siglo de la geografía francesa que fue el siglo XX, abordando sin titubeos una empresa intelectual excepcional como ha sido la de la llamada por comodidad «escuela francesa de geografía». Los autores son conscientes de la dificultades de una historia que sólo en apariencia es, en su primera etapa, monolítica, pero que no ha carecido de aceleraciones y bloqueos, de bifurcaciones y rumbos distintos, sobre todo a partir de principios de los años setenta, de replanteamientos rayanos a veces en rupturas y descalificaciones, y finalmente conducentes a una saludable voluntad de recentrar la geografía compatible con la diversidad y el pluralismo. El libro ha sido correctamente publicado y bien documentado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia dentro de su finalidad de difundir el pensamiento francés, y lleva como primer título *Couvrir le monde* («cubrir el mundo»). Se publican en este número de *Ería* la traducción de la introducción y de la conclusión generales, que son testimonio, a mi juicio, del conocimiento sutil que contiene.

De las etapas de la evolución del gran siglo de la geografía francesa se encarga en la primera parte del libro Marie-Claire Robic con el título de «Una disciplina se construye (Apuestas¹, actores, posiciones)». La segunda parte, a cargo de Didier Mendibil, profesor de la Academia de Magisterio de Créteil, se consagra a los llamados «Gestos de oficio. Trabajo de campo, espacio y territo-

rios», desde la convicción de esta escuela historiográfica de que estudiar las prácticas o rutinas de oficio, cuáles son, cómo se mantienen o cómo cambian, es indispensable para entender la identidad de una disciplina científica y de la comunidad de sus miembros, y quizá, de forma más evidente en el caso de la geografía, de defender una singularidad que se define ante todo como una determinada práctica. El tercer capítulo aborda la geografía por el estatuto científico que ha ido progresivamente alcanzando: con el título de «La geografía como ciencia. Cuando “hacer escuela” va cediendo el paso al pluralismo», su autor es Olivier Orain, profesor agregado en la Universidad de Toulouse-Le Mirail. A él le corresponde en particular trazar el singular derrotero de la geografía que desde su inicial vinculación a las ciencias naturales se ha ido escorando hacia una definición como ciencia social, sobre todo a partir de los años cincuenta, lo que en cierto modo da lugar a una periodización específica. La cuarta y última parte corre a cargo del doctorando Cyril Gosme, y del catedrático (*professeur*) de la Universidad de París I Jean-Louis Tissier, uno de los colaboradores más asiduos de Robic, o a la inversa. Se ocupan de la actividad de los geógrafos («Los geógrafos a la obra. Interés nacional y búsqueda de lo universal»), primero como expertos sobre el territorio francés utilizado como verdadero laboratorio del saber disciplinar y, después, como autores de grandes geografías universales. El libro concluye con una relación (por ámbitos geográfico y por años y orden alfabético para las que no son de una región concreta) de las más de ochocientas tesis doctorales leídas entre 1890 y 2002; así como con una lista de recursos, bibliográficos incluidos los de la Red.

LA CARRERA DEL GEÓGRAFO: DE LA «AGREGACIÓN» PARA EL ACCESO A LA ENSEÑANZA MEDIA AL DOCTORADO DE ESTADO

«Inventada en el seno de la universidad por un profesor de historia [Vidal de La Blache], la “escuela francesa de geografía” está íntimamente vinculada al mundo de la investigación y de la enseñanza. La aparente unidad de los primeros tiempos fue cediendo progresivamente el lugar al pluralismo: las diferentes generaciones de geógrafos han ido respondiendo continuamente a los nuevos retos» (p. 4). La geografía francesa, como la española, es, ante todo, durante la mayor parte del siglo XX, una disciplina de profesores, vinculada a la enseñanza. Lo que hace verdaderamente atractiva para mí la lectura de un libro (tan inteligente) como éste es el reconocer en él a mis pares, la confrontación con la geografía española, con

¹ Traduzco aquí así *enjeux*, una palabra permanentemente usada y de forma muy ubicua en la lengua francesa, para la que no hay equivalente en español, y que literalmente quiere decir «lo que está en juego». Su sentido concreto depende, pues, en cada caso del contexto.

nuestra propia trayectoria, que aparece tan íntimamente relacionada con los modos franceses, el desarrollo de la carrera del geógrafo profesor e investigador, las reglas y las prácticas del oficio. Un paralelismo que viene no sólo motivado por la regulación similar en el mundo latino de la enseñanza pública y del acceso al profesorado, sino también porque la hegemonía de la escuela geográfica francesa se prolongó en España hasta bien avanzados los años setenta, pero con evidentes diferencias y, sobre todo, con desfases.

En la consolidación de la geografía académica está ante todo la conversión a la geografía de un puñado de personas, que se van identificando con algunos referentes mayores (el *Tableau* de Vidal, la revista *Annales de Géographie*, los laboratorios de geografía, los grandes manuales, el proyecto de geografía universal) y que quieren diferenciarse de las disciplinas próximas, historia, sociología, etnología, por el lado de las humanidades y de las ciencias sociales, de la geología, por el lado de las naturales. Se trata, sobre todo, de emanciparse de la historia, de «extirpársela», como dice de modo bien elocuente Robic en el libro (p. 51), mediante el apoyo en las ciencias naturales². Y ello se logra precisamente a través del concurso u oposición para la entrada en la enseñanza media, la celeberrima agregación del sistema francés, que ya en el primer tercio del siglo tenía un programa distribuido de manera relativamente compensada entre historia y geografía. «Por esta portilla se colaron la afirmación progresiva de la geografía y su emancipación de la historia» (p. 26). Lo que era la licenciatura en filosofía y letras, sección historia (*mention histoire*), se convierte ya en sección historia-geografía en 1907, y en licenciatura de geografía entre 1941 y 1945, al aprobarse la agregación de geografía en 1944, la única que no necesitaba formación de latín en secundaria y, por consiguiente, que se abría a bachilleres distintos. La autonomía de la geografía se considera relativamente tardía pero en todo caso anterior a la psicología (1947), a la sociología (1949), a las ciencias económicas (1959).

El que Emmanuel de Martonne, presidente de la Unión Geográfica Internacional desde 1938 hasta 1949, consiguiera su propósito de hacer autónoma a la geogra-

fía respecto de la historia precisamente durante el periodo de Vichy no puede dejar de hacer pensar con qué insistencia se defendió en España en la reunión de Estudios Geográficos celebrada en Jaca en 1941 por parte del director y secretario del recién creado Instituto Elcano del CSIC, pero también por los jefes del nuevo Consejo, el secretario general José María Albareda y el presidente, a la vez ministro de Educación y catedrático de instituto de historia y geografía, José Ibáñez Martín, la separación de ambas en la enseñanza media. Sin éxito, ni entonces, ni ahora³.

Otro rasgo esencial de la carrera académica del geógrafo en Francia, que marca también diferencias con relación a España, es que la agregación era el camino para la universidad y los que la superaban con brillantez eran orientados hacia ella, resultando su paso por la enseñanza media una etapa intermedia breve. En su personalísimo diccionario de 1992, *Les Mots de la Géographie*, Roger Brunet define con ironía la agregación: «[...] concurso de reclutamiento de profesores de secundaria. Por una paradoja mal explicada, sirve a menudo para reclutar profesores de facultad e investigadores [...]. Durante mucho tiempo ha supuesto un freno a la transformación de la geografía». Esta situación hace que las facultades fueran sobre todo fábricas para preparar la agregación y el CAPES, el certificado de aptitud de enseñanza secundaria, equivalente a nuestro CAP. Mayor paradoja aún: la agregación sólo fue modificada en el año 2001, cuando ya el doctorado había sido sustituido en 1985 por la habilitación.

El porqué de esta paradoja hay que buscarlo en el carácter canónico de la prueba que exigía una rigurosa y prolongada preparación, y en la que se tenía que demostrar que se manejaban algunas de las destrezas consagradas del oficio de geógrafo, en particular los comentarios del mapa topográfico y geológico y el croquis de geografía regional. Una prueba de resistencia y de tensión nerviosa, ya que el concurso duraba dos meses y medio. Un verdadero y exigente ejercicio de estilo como lo calificó Claude Bataillon en su momento, exigiendo que se modificara⁴. Las razones de que supusiera un trampolín para un puesto universitario son varias: primero y, sobre todo, que el tribunal estaba compuesto por los mandarines de la geografía, con Cholley en la presidencia, lo

² Además del libro que comento, a este respecto es indispensable el de Vincent Berdoulay (1995): *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*. París: CNRS, 1981. También, Josefina Gómez Mendoza: «Geografía e historia. Encuentros y desencuentros en Francia y en España a lo largo del siglo XX», en Arón Cohen Amselem y Rafael G. Peinado Sanatella (eds.): *Historia, historiografía y ciencias sociales*. Granada: EUG (Editorial Universidad de Granada), 2007, pp. 101-147.

³ Josefina Gómez Mendoza: «La formación de la escuela española de geografía (1940-1952). Instituciones, revistas, congresos y programas». *Ería*, 42, 1997, pp. 107-146.

⁴ Claude Bataillon: «Exercice de style: agrégation et géographie». *Hérodote*, 4, 1976, pp. 115-131.

que les permitía considerar a los candidatos como «cartera» de profesores universitarios y proponerles cuando lo estimaban oportuno un tema de tesis doctoral que les quedaba reservado; por otro lado, la supremacía que tenía en todo el concurso la geomorfología, ya que en ella estaban formalizadas, más que en cualquier otra rama, las entonces consideradas exigencias del oficio. A falta de información completa, yo creo que en España el paso de la oposición de instituto a la universidad no fue tan automático, aunque se dieron casos, y tampoco los ejercicios de la oposición de enseñanza media han reservado nunca un lugar tan equilibrado e incluso privilegiado a la geografía.

Con un tema de tesis, que tras inscribirse quedaba reservado durante unos diez años, el candidato tenía que consagrarse a la muy personal tarea de investigar sobre un lugar y de redactar su tesis doctoral⁵. Lo general era una monografía de carácter regional, pero Robic constata que hubo más diversidad de la que se suele reconocer, que el monolitismo no evitó que hubiera significados *outsiders* (piénsese en Gottman o en Siegfried) y que desde una fecha relativamente temprana se trataba de singularizar la región con el planteamiento de un tema particular.

Los síntomas de cambios y de dificultades que se dan en los años cincuenta y sesenta quedan ocultos por esta permanencia de las formas regladas del sistema, cuya reproducción idéntica probablemente propiciaron los grandes profesores del *establishment*, por convicción de excelencia y por comodidad. «La sobrevaloración de una agregación que reproducía ejercicios académicos, que representaba en parte un estado anterior de las disciplinas, en el que reinaba la geomorfología y dominaba el paradigma naturalista, aseguró una cierta unidad a la formación en toda Francia» (p. 39). El panorama de cuatro grandes grupos de presión se mantuvo pese a la evidente fragmentación en especialidades: los geógrafos físicos que gozaban de gran prestigio y que practicaban casi exclusivamente la geomorfología; los ruralistas, muy numerosos y que recurrían a la explicación histórica; los

geógrafos urbanos, cuyo dinamismo era creciente, y los tropicalistas, influyentes, activos y solidarios, que se apoyaban en la estructura del ORSTOM (Office de la Recherche Scientifique et Technique d'Outremer), creado en 1943 para sustituir a las antiguas instituciones de investigación colonial.

La verdadera crisis de la geografía francesa se hace patente en los años setenta, tras Mayo del 68 y coincidiendo con la renovación de personas y la presión derivada de una demanda creciente de enseñanza universitaria, resultado de la llegada de las cohortes del *baby boom*, que dará lugar poco después a un elevado número de contrataciones. Esta demanda de profesorado en acordeón que ha caracterizado a la universidad del siglo xx es uno de los factores de desajuste: tiene su correspondencia exacta en España, y todavía veremos aquí los efectos de la restricción consiguiente al derrumbamiento de la natalidad de los años ochenta y noventa.

En esta situación de crecimiento y crisis de identidad se buscan caminos de renovación que pasan, primero, por descalificar la herencia, reduciéndola a geografía tradicional o como mucho a geografía clásica; y, después, por una reformulación del proyecto como ciencia social del espacio, como ciencia de la organización espacial de las sociedades o de la dimensión espacial de lo social. Tras la aparición de nuevas revistas y de nuevos grupos en los años setenta, que constituyen nuevos estandartes (*L'Espace Géographique*, 1972; el Grupo Dupont, 1971, y los coloquios *Géopoint*, con la introducción y sistematización de una manera particular de la nueva geografía, más analítica y más sistémica; *Hérodote*, 1976; *Espaces-Temps*, 1976, para reflexionar en términos marxistas sobre una geografía en la que hasta entonces los numerosos geógrafos «marxistas» lo eran más por inspiración que por argumentario), el Congreso Internacional de París de 1984 aparece como un punto de inflexión hacia una cierta paz y un consenso más o menos generalizado en torno al territorio como concepto clave de la geografía, así como el triunfo de la llamada «geografía social».

En este insólito reajuste de la geografía como ciencia social, el lugar de la geografía física es particularmente incómodo. Una parte de la profesión se resituía en las ciencias naturales puras y duras. Otra parte, sobre todo los menos vinculados con el fundamentalismo geomorfológico y más abiertos a la climatología y a la biogeografía (Marchand, Péguy, Durand-Dastès, Bertrand), tratan de reflexionar sobre la geografía física como ciencia social.

Queda una última etapa, trazada por Robic a mi juicio con la misma destreza, la de la apertura internacional y la profesionalización geográfica. Primero, el gran in-

⁵ Por el tiempo, por el esfuerzo y por el dinero invertidos, la tesis doctoral constituía el coronamiento de una trayectoria, más que su inicio. Además de la tesis doctoral, en Francia se realizaba una tesis complementaria, sobre un tema habitualmente distinto, que, en el caso de la geografía, pretendía que se demostrara la competencia en otro campo del saber geográfico, por lo que no era inusual una tesis de geomorfología y una complementaria de geografía urbana, caso, por ejemplo, de Noin. Además, se tenía incluso que imprimir la tesis principal. Piénsese en que todavía hoy la mayor parte de las tesis españolas se presentan encuadradas en un modo anacrónico y que evita toda posible corrección a sugerencia del tribunal, una inercia y una permanencia de un sistema que ha desaparecido.

novador y gestor que es Roger Brunet trata de construir una red nacional en torno a un proyecto de envergadura del que la Maison de la Géographie de Montpellier es la sede, el GIP (Grupo de Interés Público) RECLUS, el artífice y el atlas de Francia, la geografía universal y el Observatorio de la Dinámica de la Población, los programas estrella. Probablemente son las nuevas competencias técnicas con la teledetección, los SIG e Internet los que eclipsen en parte la repercusión de las propuestas concretas de Brunet, unidos sin duda también al cambio de signo político en el Gobierno francés, tras la presidencia de Mitterrand. La geografía se profesionaliza en estructuras pluridisciplinarias, diplomas de medio ambiente, de turismo, de desarrollo local, de patrimonio, etc. Como ya he dicho, la tesis para el doctorado de Estado es suprimida desde mediados de los ochenta y sustituida por la habilitación (ante tribunal) para dirigir investigaciones (aunque se siguieron haciendo tesis por inercia y prestigio). La agregación no se modificó hasta 2001, habiendo tenido, pues, larga vida. En todo ello, los paralelismos y las correspondencias con el caso español son evidentes, sin duda con desfases y siempre con el factor diferencial del acceso a la enseñanza media.

Reconoce Robic que falta perspectiva para valorar y caracterizar la situación actual, pero, además de lo ya dicho, hay otros hechos que deben tenerse en cuenta: la noción de «territorio» se ha impuesto, recubriendo tanto lo social como lo individual, y, en este caso, junto a lo sensible, también lo imaginario y lo simbólico, abriéndose, por tanto, ampliamente a la geografía cultural. Por otra parte, también el lugar ha adquirido carta de naturaleza, por lo que la consistencia escalar se manifiesta en los dos extremos, la escala mundial y la local. Finalmente, sin duda alguna, los dominios de competencia geográfica se han incrementado y reforzado en los últimos años, añadiendo factores de segmentación que impiden tener una imagen coherente de los cerca de dos mil geógrafos franceses de este principio de siglo XXI.

DESTREZAS Y COMPETENCIAS DE OFICIO: TRABAJO DE CAMPO, MAPAS Y ARCHIVOS, LUEGO ESTADÍSTICAS Y LABORATORIOS

Los «gestos de oficio», en expresión de Didier Mendibil, son particularmente importantes en geografía por la doble razón de que le sirvieron para separarse de la historia y porque su codificación resultó ser un medio de identificación disciplinaria con voluntad de permanencia. Ya he hablado de algo particularmente patente en el libro que comento y que tiene que ver con el papel que de-

sempeñaron en el acceso al profesorado. Recogeré ahora las ideas sobre el uso de las prácticas en el razonamiento geográfico.

La geografía francesa moderna en sus inicios vidalianos se basa en la visión directa de realidades materiales y concretas, en educar la mirada y saber ver, en transmitir lo visto mediante la fotografía. El fotografiar en el campo constituye una de las mayores señas de identidad de los geógrafos. Vidal de La Blache fue el primero en proyectar, en poner en común sus fotografías, en utilizarlas con finalidad pedagógica, en difundirlas. Demangeon, De Martonne siguieron con esa práctica llegando a formar verdaderos archivos fotográficos, también de fotografías aéreas encargadas a compañías especializadas. La otra seña de identidad ha radicado, sin duda, en la competencia en el comentario de los mapas topográficos y geológicos, en la realización de cortes significativos de la estructura y en las explicaciones de las formas de relieve que se deducían de lectura y corte.

Además de constatar estos hechos (que son absolutamente transportables a la geografía española), Didier Mendibil extrae algunas consecuencias interesantes. En uno y otro caso se produce una abstracción de lo visible, en el caso de la fotografía, del (o de los) paisaje(s) visibles, en el caso del mapa y del corte, una abstracción gráfica. Las imágenes que se difunden lo son de paisajes escogidos previamente y separados de su contexto. En la lectura del mapa geológico se buscaban las estructuras ocultas del relieve (geológicas y tectónicas) y se trataba de reconstruir su evolución. El doble uso de estos materiales, pedagógico e investigador, sirvió sin duda para una buena formación, pero podía introducir cierta confusión. En efecto, cada imagen era a la vez local y general, en la medida en que un caso particular servía para identificar hechos y tipos geográficos reconocibles.

Sin embargo, con la promoción pedagógica de la fotografía de terreno, se daba prioridad a un punto de vista sobre el paisaje que quería explicar su fisonomía por la descripción de los efectos visibles de la acción local de los fluidos o de los hombres, a gran escala, mientras que el mapa o el bloque diagrama respondían a un modelo mecanicista más abstracto, que movilizaba masas minerales, a escala pequeña y en la larga duración. Hacer la escala pedagógica de lo visible fotográfico tenía, pues, el riesgo de poder incurrir en una explicación determinista localizada, eso sí con el «reconocimiento» de los alumnos (p. 68).

Por su parte, la explicación de la distribución del poblamiento y de los cultivos significaba ir a buscar a los archivos factores de orden histórico. Como bien dice Mendibil, esa «descripción razonada» había sido elevada al rango de un casi género literario en las primeras formas

de divulgación y sobre todo en las primeras generaciones de tesis de los discípulos de Vidal. Algo parecido he concluido para el caso español, hablando del género de descripción racional de verdaderos cuadros de la naturaleza⁶.

A mediados de siglo no se replantean los métodos, pero cambian la demanda social y también la información disponible. A la necesidad de producir imágenes económicas del mundo se añade el aumento enorme de la documentación oficial, la disponibilidad de series de fotografía aérea, útiles para interpretar el medio físico y también para estudiar el parcelario rural o el plano urbano. Al mismo tiempo, Tricart y Birot empiezan con medidas granulométricas de sedimentos en laboratorio. A las prácticas pedagógicas habituales (comentario de mapas, diagramas ombrotérmicos, índices climáticos, pirámides de población, croquis regionales de síntesis, etc.) venían a sumarse el estudio de fotografías aéreas con estereoscopio, el tratamiento informático de series estadísticas, la construcción de cliseries y de mapas temáticos, y otros.

Como es obvio, las nuevas tecnologías, empezando con las imágenes de satélite y siguiendo por la cartografía digitalizada, han supuesto un cambio total de la mirada y de las destrezas geográficas, su dispersión, pero también la desmaterialización informatizada de los terrenos de referencia y el regreso complementario a un trabajo de laboratorio. El geógrafo físico ya no trabaja tanto en el tiempo largo de la geología y de los ciclos de erosión, sino en el de los cambios más rápidos (climáticos, hídricos, biodiversidad, desertización de suelos) que hay que comprender, e incluso anticipar, para prevenir los riesgos y conservar el medio ambiente y los espacios protegidos. Los geógrafos humanos y regionales (culturales, sociales, del paisaje...) tienen que recurrir a otros métodos que comparten con otras disciplinas: entrevistas, encuestas, consulta de literatura, de cine, de los medios de comunicación de masas, etc.

Se presta en el libro la atención que merece a ese sistema cartomático de Roger Brunet y el GIP RECLUS, que es la coremática, una cartografía (casi una sintáctica) que se emancipó de los códigos geométricos, de los semiológicos y de la apariencia de objetividad. No es aquí lugar de comentar sus valores y defectos, sí de reconocer su difusión pedagógica y en los documentos de estrategia territorial.

⁶ Josefina Gómez Mendoza: «La mirada del geógrafo sobre el paisaje: del conocimiento a la gestión», en, Javier Maderuelo (dir.): *Paisaje y territorio*. Madrid: CDAN/Abada Editores, 2008, pp. 11-56 (véase pp. 17-30).

CIENCIA Y OBRA GEOGRÁFICAS: NO SÓLO VIDAL, NO SÓLO GEOGRAFÍA DE LOS PROFESORES

¿Es Francia un «ser geográfico»? Para responder a esta pregunta, Paul Vidal de La Blache despliega una argumentación que, precisamente, logra emanciparse de las relaciones hombre-medio. Más tarde, los posvidalianos estandarizaron la respuesta encadenando una explicación naturalista con una interpretación histórica (la mayoría de las veces presentada bajo una forma narrativa) (p. 96).

Que el éxito de Vidal de La Blache y de la escuela francesa que le siguió estuviera en el encadenamiento del razonamiento, que a la explicación propia del medio natural, y particularmente de las formas del relieve y estructura geológica, se uniera una interpretación de los hechos históricos es algo que había expuesto ya Berdoulay (1981) y que después se ha ido documentando en la sucesiva historiografía. El modelo de las tesis de geografía regional es bien conocido: a la delimitación de la zona estudiada seguían el análisis de las condiciones físicas (estructura, evolución morfológica, modelado, clima), la historia económica y social del poblamiento y de la población, un esbozo de economía contemporánea, el estudio del hábitat rural y urbano, a veces funciones urbanas y movilidad de habitantes y bienes.

Lo que hay más nuevo en el ensayo redactado por Olivier Orain en la tercera parte del libro es el intento de formalizar esta epistemología y este método en términos de los paradigmas de Kuhn. A mi juicio, lo consigue mejor para la etapa clásica que para las siguientes. En la matriz disciplinar de la geografía de los setenta primeros años de siglo, reconoce todos los elementos kuhniaños: una «metafísica» que vendría dada por el realismo geográfico que quiere restituir realidades concretas con ánimo de exhaustividad, a veces extremando los detalles; unos «modelos heurísticos» que corresponden a la explicación causal de las relaciones hombre-naturaleza y a la comprensión de las personalidades geográficas, es decir, teñidos de un organicismo que trataría de corregir el mecanicismo causal. La matriz de esa ciencia normal también comprende «ejercicios tipo» y codificados de los que en el libro que comento se han ocupado particularmente y que yo he tratado de recoger aquí, el comentario cartográfico, el trabajo de campo, la lección de geografía regional, la excursión geográfica como rito iniciático y de socialización geográfica; además, «ejemplos» suministrados por los libros clásicos como el *Tableau*, la tesis sobre Picardía de Demangeon y otros; también «situaciones tipo» transmitidas como tales, el *carrefour* borgoñón, la región de Lyon, los Alpes septentrionales organizados en bandas o franjas; «valores» tan repetidos y tan bana-

lizados que todo el mundo puede apropiárselos, incluidos los que están en formación, y que se presentan como adagios: «hay que partir de lo concreto», «las realidades geográficas son complejas», «lo geográfico está en las relaciones», etc., un instrumental típico y variado que va de los mapas al martillo, del alfilerito a las botas, etc. Falta para terminar las «generalizaciones simbólicas», pero, según Orain, se pueden remplazar por los grandes repertorios de formas o por los conceptos geográficos mayores: medio, región, paisaje, género de vida (p. 104).

El autor advierte, con razón, que el paradigma no agota ni mucho menos lo que se puede decir de esta manera de hacer ciencia geográfica que imperó durante más de medio siglo. Pero que de alguna forma la geografía se habría medido obsesivamente con esos parámetros, arrojando al ostracismo por ejemplo a un Vallaux, que prestó atención a las representaciones simbólicas que se avenían mal con el realismo geográfico.

Como no podía ser de otra forma, el esquema del paradigma se compadece mal con las conmociones del último tercio del siglo, que no sólo son epistemológicas, como hemos visto. Ya se ha señalado cómo la inspiración marxista y la militancia comunista de algunos geógrafos posteriores a la guerra, por ejemplo Pierre George, apenas lograron algo más que sustituir el concepto del «hombre habitante» por el de «hombre productor», o el de «género de vida» por el de «sistema productivo» o «modo de producción». Vendrían, después, el marxismo en su versión althusseriana, de rápida disipación, la geografía militante, el constructivismo, la fenomenología, la hermenéutica y la narratividad ricoeurianas... Como resultado, una situación de pluralidad en la que el legado clásico sigue teniendo presencia, y convive con el análisis espacial y el posmodernismo, aunque, como advierte Orain, la palabra no gusta en Francia.

La última parte del libro está consagrada a las contribuciones de la geografía francesa, subrayando sus dos líneas de continuidad: el estudio preferente del territorio francés y de sus formas de organización, y la ambición de ofrecer una comprensión general del mundo, que se ha plasmado en la elaboración de la serie de geografías universales, que desde la de RECLUS de 1876-1894 habría conducido a la de Vidal-Gallois, que se fue publicando entre 1927 y 1948 y la empresa finisecular de la geografía universal RECLUS (1989-1996).

Resulta interesante el repaso que se hace a la participación de esos profesores de geografía, supuestamente encerrados en su torre de marfil universitaria, en los debates sobre la organización territorial de Francia. Si ya hay que hablar de la propia visión dinámica de Vidal sobre la

división regional de Francia y de la participación de los geógrafos como expertos durante la Gran Guerra, con más motivo habrá que hacerlo de su participación en las recomposiciones territoriales propuestas por el régimen de Vichy y aún más de las transformaciones de las sucesivas y limitadas descentralizaciones, y de los ensayos de reequilibrio del armazón urbano o de la red urbana, términos todos ellos del acervo geográfico. Baste pensar en la tan conocida obra de Jean-François Gravier *Paris et le désert français*, que llevaba como subtítulo *Descentralización, equipamiento y población*. Y, sobre todo, ténganse presente las distintas reflexiones sobre la construcción europea y el sistema europeo de ciudades auspiciadas desde la DATAR (Delegación para la Ordenación del Territorio y la Acción Regional); por ejemplo, la llevada a cabo por el equipo de Dense Pumain, o la emprendida por Brunet, que popularizó el lenguaje de arcos y redes y la famosa representación coremática de la estructura de Europa occidental, publicada en *Mappemonde* en 1997. A lo que hay que añadir, con todos los honores, las investigaciones llevadas a cabo por geógrafos en el marco de los Piren (Programas Interdisciplinarios de Investigación sobre el Medio Ambiente). O los posteriores de ámbito europeo sobre paisaje y políticas públicas o paisaje y sostenibilidad, a cuyo respecto la mención de Georges Bertrand es obligada.

De manera que este excelente libro sobre la gran época francesa de la geografía de los profesores concluye con la propuesta de cambiar la mirada y dirigirla hacia la participación de éstos como expertos, como consultores o simples ciudadanos, capaces de responder con rapidez y competencia a solicitudes externas. También a este respecto la geografía española resiste sobradamente la comparación, aunque está todavía por hacer el repertorio de trabajos, tiempos y modos. No está de más que el libro termine con la exposición de esta otra faceta, aunque hecha de forma mucho más liviana que la muy sutil aclaración de las formas que revistió el oficio de geógrafo universitario.— Josefa GÓMEZ MENDOZA

*Una mirada ilustrada sobre las ciudades de la España romántica**

Con el apoyo de la Consejería de Medio Ambiente, Ordenación del Territorio e Infraestructuras del Gobierno

* Francisco Quirós Linares: *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*. Gijón: Trea (colección Piedras Angulares), 2009, 430 pp. (incluidas 89 ilustraciones y 53 láminas) y un DVD de 2,34 GB (que incluye 23 planos de Francisco Coello y 20 vistas de Alfred Guesdon).